

Nexo Fraternal

Año XLV N° 177



No hay
Amor más
grande ...

“Todo es Don, todo es
Gratuidad”

El don del tiempo

Si el tiempo es un reto para todos, es ante todo don ... más que reto. El tiempo es don que viene de lo alto, de quien está fuera del tiempo, don mediante el cual se cumple y se renueva el misterio de la redención, se convierte en historia de todo ser vivo.

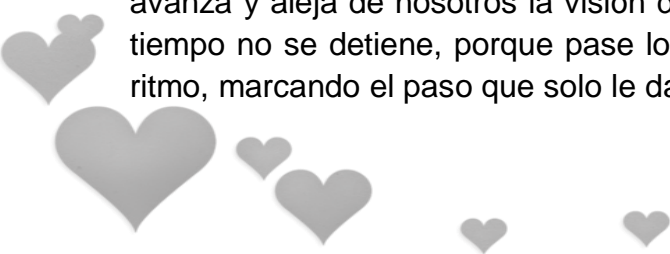
Darle tiempo al tiempo. El tiempo, se encargará de sanar las heridas, si se le es permitido. El tiempo, hará realidad los sueños, si en verdad se ha luchado por ellos. El tiempo, llenará todos los vacíos, si estamos realmente abiertos y así lo queremos. El tiempo, nos devolverá la paz que habíamos perdido, si hacemos algo por recuperarla. Por eso, hay que darle tiempo al tiempo.

El tiempo, puede encender de nuevo la llama de la ilusión, si así lo soñamos. El tiempo, nos enseñará a vivir sin lo que se había perdido; si queremos aprenderlo. El tiempo, pondrá en nuestras manos los frutos de lo que hemos sido y vivido, porque es lo que realmente nos ofrece el tiempo. Hay que saber darle tiempo al tiempo.

El tiempo, logra que algunos caigan en la rutina, según como vivan la vida; No depende del tiempo lo que nos pase; hacemos parte del tiempo, pero se nos da la libertad de saberlo aprovechar o simplemente dejarlo pasar. El tiempo no se devuelve, ni se detiene; camina a su ritmo; aunque a veces parezca que vuela o se estanque, según el momento que vivimos. Dale tiempo al tiempo...

El tiempo, transforma, renueva o envejece; pierde o recobra su valor según como le utilicemos, se gana y multiplica cuando vivimos intensamente lo que trae consigo en cada segundo que se nos regala; hay tiempo mal invertido, que se nos escapa aún sin haberlo vivido, es el tiempo que muchas veces pasa desapercibido y cuando se nos acaba sin avisar, nos lamentamos por lo que se pudo hacer, pensar y sentir y no lo hicimos.

Somos parte del tiempo, somos el resultado de lo que en el vivimos o generamos; somos los que quizás nos detenemos creyendo interrumpir su marcha, quedándonos en un pasado al que nos aferramos, o un presente que al parecer no avanza y aleja de nosotros la visión del futuro que se nos viene; olvidando que el tiempo no se detiene, porque pase lo que pase el reloj sigue corriendo, al mismo ritmo, marcando el paso que solo le da el tiempo.



Acerca del ritmo de los tiempos litúrgicos, se sufre una especie de aceleramiento. Mucho antes de la navidad aparecen los signos de luces y adornos; y cuando pareciera que finaliza el tiempo de navidad, ya comenzamos a hablar de la cercanía de la cuaresma...en este tiempo del año 2020 no tengamos afanes. Dancemos en armonía según el ritmo propio de la cuaresma, sin adelantar pasos ni movimientos. Vivamos sosegadamente el tiempo de la cuaresma, cuarenta días; es el tiempo intenso de misericordia, convencidas de ser “misericordias” y “misericordiosas”. Ya después vendrá el tiempo de la pascua y así al ritmo de la danza del tiempo litúrgico viviremos día a día en la gratuidad del amor de Dios, convencidas de que *LA MISERICORDIA DE DIOS NOS HACE HERMANAS Y FORJA EN NOSOTRAS UN CORAZÓN AGRADECIDO.*

**El tiempo, pondrá en nuestras
manos los frutos de lo que hemos
sido y vivido...**



GRATUIDAD Y COMUNIDAD DE VIDA

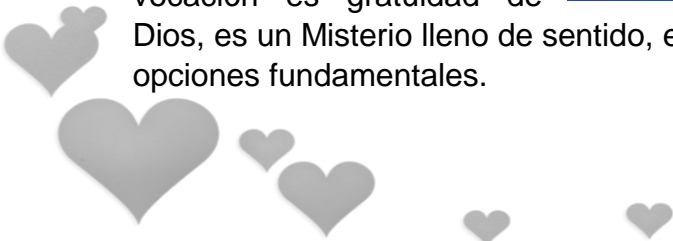
El propósito – meta de nuestra tercera FASE nos propone una lectura orante y misericordiosa de la Palabra, sólo así tenemos raíces y fundamentos para dar razones de gratuidad en la vida personal, vocacional y comunitaria, entonces sí podemos construir relaciones más evangélicas que fortalecen la comunión.



En primer lugar, la lectura orante de la Palabra en el amplio sentido de la misma, nos permite reconocer que soy sujeto y objeto de la misericordia, pues no puede darse la gratuidad sino como la misericordia misma. Es una experiencia vital para descubrir y reconocer “QUE

SOY PERSONA LLAMADA A LA EXISTENCIA”. Fuimos creados para la vida, para existir. Existo por pura gratuidad, la existencia es la primera razón de la GRATUIDAD DIVINA. Por tanto a la pregunta existencial de ¿quién soy yo?, bastaría responder con firmeza “Yo Soy un Don, soy una huella de la Gratuidad. Me pregunto ¿por qué existo? Para qué vivo? ¿Para quién y por quién vivo? ¿soy feliz con la vida que se me ha dado?”

En segundo lugar, la Gratuidad es un **LLAMADO, una VOCACION**. La elección como iniciativa de Dios es fuente de sentido, por tanto, gratuidad vocacional. Desde esta evocación del Misterio podemos decir que la vocación es gratuidad de Dios, es un Misterio lleno de sentido, esto es, un Misterio lleno de orientación hacia opciones fundamentales.



La vocación es “a servir” y no “a servirse de”. La gratuidad vocacional es vida de servicio. Puesto que la vida cristiana es “hacer camino, siempre”, “A lo largo del camino, prediquen, diciendo que el Reino de los cielos está cerca. Curen a los enfermos, resuciten a los muertos, purifiquen a los leprosos, expulsen a los demonios”. Esta es, pues, el sentido de la vocación, se trata de “una vida de servicio gratuita porque gratis se ha recibido”.

La vocación es para “servir”, y no para “servirse de”.

- a. La gratuidad de Dios contemplada en Jesús es orientación del discernimiento vocacional de la voluntad de Dios, no para sí sino para otros.
- b. La gratuidad de Dios contemplada en Jesús purifica y cuestiona nuestra manera de ser gratuitos. Nos empuja a discernir, a optar, a establecer renunciaciones, desde el fondo de estas opciones, de los compromisos asumidos vamos caminando hacia la gratuidad de Jesús, que es siempre más de lo que sospechamos.
- c. La gratuidad de Jesús es punto de partida y punto de llegada del discernimiento vocacional. Aquí conviene volver a nuestro itinerario vocacional, ¿descubro, reconozco y agradezco la primera llamada vocacional y las miles de llamadas que hasta hoy he escuchado y sigue resonando su voz en mi interior?



En tercer lugar, o una tercera razón de gratuidad es la **DIMENSION COMUNITARIA**. Tanto don recibido nos permite donarnos, y establecer relaciones fraternas, armoniosas, fuertes y maduras. Una de las conversiones de ésta Fase en el Nivel de Comunidad (página 9) nos propone que

para vivir la gratuidad hay que desaprender los esquemas mentales de los individualismos, apegos, maneras de ser y transformar el “yo o lo mío” en comunidades abiertas, de encuentro, de diálogo y libertad interior. Sólo así éste ideal permite la experiencia de la gratuidad. Qué bueno examinar mi actitud ¿qué hago por mi comunidad gratuitamente y que no está prescrito en normas, horarios o cronogramas? ¿Qué más puedo hacer por ella?

La vida comunitaria es más que un lugar de superación fraterna pues siempre estará atravesada por sus pequeños conflictos, por momentos de tedio, por ciertas soledades. Su finalidad no está en sí misma, en su propio bienestar, sino en la preocupación por “Ser un Don que restaura RELACIONES”. Y es en la

perspectiva del encuentro, el compartir, participar, vincularse, estrechar lazos y ensanchar el corazón con otros y otras por los cuales luchamos y damos la vida, lo que más nos conduce a agradecerle a Dios la presencia de la hermana, hermano, de mi comunidad de vida como DON GRATUITO de vida fraterna. Es muy sanador y gratificante si en vez de criticar destructivamente, agradeceríamos más el Don de la Gratuidad Comunitaria, no medir tanto lo que no me da, sino lo que he recibido en abundancia para mi plena realización.

Y aquí reside la mayor complacencia y gratificación cristiana, en el llegar a “dar la vida por los demás”, en pasar por el olvido de sí mismo hasta que Dios mismo nos recuerde lo que somos: imagen y semejanza suya para donarse. La Fase de la GRATUIDAD tendría que convertirse en nosotras en una experiencia vital como la vivió Santa Teresa de Ávila cuando canta:

*No me mueve mi Dios para quererte...
Muéveme, en fin, tu amor en tal manera, que, aunque no hubiera cielo,
yo te amara,
y aunque no hubiera infierno te temiera.
No me tienes que dar porque te quiera,
pues, aunque lo que espero no esperara,
lo mismo que te quiero te quisiera”.*

Nota: (Imágenes tomadas del proyecto educativo Colegio la enseñanza)

La vida comunitaria es más que un lugar de superación fraterna. Su finalidad está en la preocupación por “Ser un Don que restaura RELACIONES”.



“Mayor felicidad hay en dar que en recibir”

Ramiro Pellitero, Instituto Superior de Ciencias Religiosas, Universidad de Navarra

Antes de comenzar a leer este artículo:
¿Estamos seguras? ¿Hay mayor felicidad en dar que en recibir?

Caminaba por la calle a hora punta. Me sobresaltó el estruendo de una moto de gran cilindrada que se detenía junto a mí. Una figura con traje negro, se me lanzó, mientras se quitaba el casco a toda prisa: – “Padre, padre, quisiera hacerle una pregunta”.



Tras unos segundos de expectativa, mostró por fin su rostro de tranquilidad.

– “Por supuesto –respondí–, a tu disposición”. – “Mire... yo quisiera hacer algo los fines de semana, que fuera..., bueno, que no fuera para mí misma sino para los demás. ¿Qué podría hacer?”

Se me ocurrió aconsejarle que fuera a una parroquia cercana donde tienen bien organizado el servicio a los más necesitados, un banco de alimentos y de ropa, atención a los enfermos, visitas a las personas que están en la cárcel, etc. Y se despidió con un “Gracias, es lo que necesitaba”.

No es muy frecuente este deseo de “dar gratis”. Diez veces nombra Benedicto XVI la gratuidad en su tercera encíclica. La Biblia muestra que Dios ha tenido la iniciativa para dirigirse como amor a los hombres, manifestado máximamente en Jesucristo. Por eso los cristianos hablamos de “gracia”, esto es lo que Dios nos da “gratis”, y los santos dieron mucho y gratis. En nuestro lenguaje nos queda, –“gracias a Dios”– la costumbre de dar gracias; especialmente cuando nos regalan algo que no hemos merecido, o quizá simplemente como una muestra de educación ante cualquier pequeño servicio.

¿Gratis? Se preguntan los “maestros de la sospecha” ¿No será que los cristianos dan porque esperan “a cambio” el premio del más allá? Sin embargo, la experiencia

muestra que las personas estamos hechas para dar y recibir (ni somos cosas inertes que no pueden dar, ni somos Dios que no necesita recibir nada, pues es puro don). Somos felices cuando damos, aunque no seamos conscientes de que eso se debe a que recibimos ante todo el bien que hacemos. ¿No será esto –insiste de nuevo la sospecha– un “dar” interesado? No, porque el que da gratis experimenta la satisfacción del bien hecho sólo si obra con rectitud. En cambio, para el materialista cerrado a la trascendencia, no tienen sentido las palabras que San Pablo atribuye a Jesús: “Mayor felicidad hay en dar que en recibir”. El materialista ateo no puede explicar la alegría del don, porque la materia, incluso animada por una forma animal –valga la redundancia–, sólo se “da” necesariamente y por instinto; carece de autoconciencia y por tanto no puede experimentar el gozo que es prueba de haber encontrado, quizá en un detalle insignificante, el amor como sentido de la vida.

La gratuidad es un signo de la trascendencia de la naturaleza humana. Dar se origina en el darse. Y sin el don de sí mismo, cualquier don, aunque pretenda ser “gratis”, puede ser manipulado por el que lo da; también puede ser rechazado por el que lo recibe, porque desconfíe de que resulte para él no un bien sino un mal.

Si “todo es gracia”, la humanidad no puede progresar verdaderamente si no es concediendo prioridad a la gracia, a lo gratuito. Primero a la “gracia” como amistad y unión con Dios, cuyo signo y testimonio es la paz de la conciencia. En segundo lugar, hay que dar paso a la gratuidad como actitud personal: dar sin esperar nada a cambio, lo que podría parecer humanamente un sinsentido: dar dinero, dar tiempo (aún más difícil), pero, sobre todo –como queda dicho–, lo que está más al fondo: darse a sí mismo.

En su última encíclica, Benedicto XVI observa que todo lo que tenemos (comenzando por la capacidad de conocer la verdad y amar el bien) es don de Dios que hay que saber manifestar, dándose a los demás; correspondiendo a la gratuidad de Dios que desea también nuestra generosidad para contribuir a la unidad y la comunión del género humano. Tanto la caridad como la verdad son regalos que Dios nos hace y no productos ni resultado de los esfuerzos humanos. Aunque pensamos que nos podemos “hacer” a nosotros mismos, nos equivocamos: nos “hacemos” si colaboramos con Dios.

Señala el Papa que la dimensión de gratuidad es uno de los mejores “negocios” que la economía actual –sin renunciar al beneficio– debería descubrir, porque las personas son las principales riquezas de los pueblos. La “lógica del don” es una exigencia de la caridad en la verdad. “Sin la gratuidad –escribe– no se alcanza ni siquiera la justicia”. Y añade: “El mercado de la gratuidad no existe y las actitudes gratuitas no se pueden prescribir por ley. Sin embargo, tanto el mercado como la política tienen necesidad de personas abiertas al don recíproco”.

También la naturaleza creada –la tierra, el agua y el aire– son dones recibidos, lo mismo que la conciencia y la libertad. Esto lo desconoce la mentalidad mecanicista

y materialista. Pero entonces “el desarrollo de los pueblos se degrada cuando la humanidad piensa que puede recrearse utilizando los ‘prodigios’ de la tecnología”.

Por eso “la fuerza más poderosa al servicio del desarrollo es un humanismo cristiano” que enseña a reconocer, en la oración, los dones de Dios y manifestar ese reconocimiento por medio de la gratuidad en nuestra vida. Y también por eso, excluir a Dios se demuestra inhumano. “La conciencia del amor indestructible de Dios es la que nos sostiene en el duro y apasionante compromiso por la justicia, por el desarrollo de los pueblos”. Porque, en último término, el amor mismo “no es el resultado de nuestro esfuerzo sino un don”.

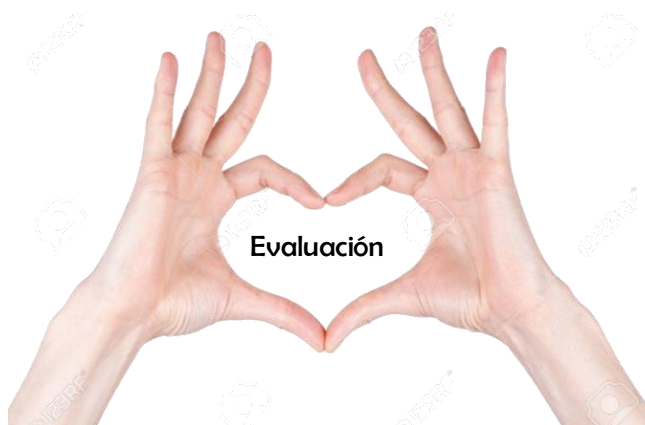
Al terminar de leer este artículo:
¿Estamos seguras? ¿Hay mayor felicidad en dar que en recibir?



Si “todo es gracia”, la humanidad no puede progresar verdaderamente si no es concediendo prioridad a la gracia, a lo gratuito

LA EVALUACIÓN EN EL MODELO PEDAGÓGICO DE LA MISERICORDIA

El modelo pedagógico de la Misericordia es una propuesta como su nombre bien lo establece, de carácter pedagógico, por ende, está íntimamente relacionado con los procesos educativos y es esencia misma de estos.



Ya hemos establecido que la pedagogía es el arte de enseñar y de hacerlo bien, este concepto es sencillo, directo y claro, más cuando hablamos de pedagogía y le anexamos el apellido de “la Misericordia” estamos condicionando positivamente su acción, es decir, que es el arte de enseñar desde y con Misericordia, asumiendo la realidad interna y externa que domina al mediado.

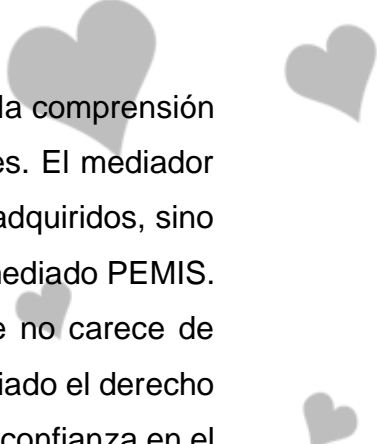
El decreto 1290, que regula los procesos de evaluación según el ministerio de educación Nacional (MEN) establece que la evaluación es el proceso permanente y objetivo para valorar el nivel de desempeño de los mediados, y la evaluación desde la PEMIS valora los desempeños de los mediados teniendo en cuenta los pilares y perfiles: Persona- liderazgo, comunitariedad – conciencia social crítica, investigación – Espíritu científico, trascendencia – evangelización. Por tanto, no se limita a la valoración de contenidos, sino que asume la integralidad del ser, esto aplica de igual manera para la vida pastoral.

¿CÓMO ES LA EVALUACIÓN DESDE LA PEMIS?

- Evalúa las habilidades, competencias, destrezas e inteligencias múltiples, reconoce que cada mediado es único y que requiere de acompañamiento personalizado, sin que esto implique aislamiento.

- Desde las perspectivas del evangelio: Jesús reconoció las habilidades y particularidades de los suyos, comprendió su realidad y los acompañó en el proceso de aprendizaje. Durante tres años el maestro de Galilea, se involucró en la vida de sus discípulos, atendió sus inquietudes y esperanzas, les enseñó con el ejemplo y confió en sus capacidades enviándolos a predicar el Evangelio, yendo a los lugares donde él debía ir (*Lc 10, 1-9*) las instrucciones eran claras y precisas (*Lc 10, 9-15; Mt 28, 19*) Comprendió sus fallos e hizo las correcciones (*Mc 9, 14-29*) Jesús invitaba a los suyos a VER la realidad, SENTIR con la realidad y Actuar a favor de la realidad (*Mc 6, 34-44*). El evangelio es pedagogía de Jesús, es pedagogía de la Misericordia en su esencia más pura.
- Las relaciones interpersonales: vamos más allá de los procesos de aula – parroquia, para involucrarnos con la persona misma y su desarrollo en comunidad: El modelo Pedagógico no se limita al aula de clases, el mediado es siempre mediado, en el espacio que sea y ambiente que sea. Las mejoras que haga en su vida personal repercuten en el aula y espacios evangelizadores, y los aprendizajes deben siempre repercutir en su vida personal, social y familiar; es por esto que los contenidos formativos, deben brindar herramientas para la vida y su mejora, establecer procesos de reflexión y por ende incidir en la manera de concebir la vida y en el deseo de transformación.
- Afectividad – efectividad: el amor transforma toda realidad humana, cuando el mediado se experimenta querido, aceptado y valorado, se abre con mayor facilidad a la propuesta formativa, a mayor afectividad mayor efectividad; no nos referimos a la afectividad que pretende reemplazar los roles maternos y paternos, sino que ubica al mediador como acompañante, sin generar dependencias que estropeen el juicio del mediado y las decisiones del mediador. El amor es una virtud que conoce de puntos medios y que, al ser amor real y evangélico, es exigente sin ser intransigente. El mediador que es más valioso para los mediados, es aquel que es cercano, pero al mismo tiempo conserva el rol de mediador, que se involucra en sus realidades, pero no pretende cambiarla por ellos, que les exige, pero no les maltrata, el mediador que es modelo de vida. Y si eso desean los mediados, el mediador PEMIS, debe asimilar el amor como fuente de educación y como herramienta para obtener resultados.

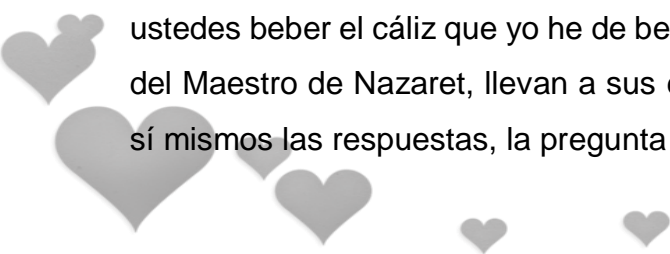
- El mediador se constituye en un compañero de camino: El mediador debe conservar siempre su rol de mediador, incluso en el momento en que aprendiendo de sus mediados deba asumir el rol de mediado. No se puede confundir el ser compañero de camino con ser cómplice o aceptar las deficiencias. El rol de mediador le hace compañero, es decir se ubica al lado del mediado, no dice que le lleva en brazos, no le ubica detrás para empujarle, no se hace delante para indicarle donde debe colocar sus huellas, simplemente va al lado, prevé los obstáculos, pero confía en lo que ha enseñado, deja que el mediado asuma su camino con madurez y confianza, no le resuelve los conflictos, sino que le hace protagonista de los cambios.
- Se generan procesos de mediación formativa y convivencial que involucra mediados y mediadores: la evaluación desde la PEMIS, al plantearse como un proceso exigente flexible, reflexivo y permanente, debe involucrar los estamentos que en la vida del mediado cumplen las mismas funciones de exigencia, flexibilidad, reflexión y permanencia, la evaluación establece relaciones a favor del mediado, es decir, no estamos hablando de especificidades médicas (*existen médicos para cada parte del cuerpo*) pero desde la pedagogía PEMIS el mediado es integralidad y por ende no se puede prescindir de ningún modelo de mediación. En la evaluación cuando se desea ayudar de verdad a un mediado, se debe no solo comunicar e informar, se debe involucrar.
- Desde los procesos de investigación: la evaluación involucra la integralidad del ser, y le prepara para generar procesos autónomos, dinámicos y transformadores, por ello la PEMIS establece el pilar de la investigación, no solo como de consulta, sino como base para el desarrollo de la personalidad. Un mediado que investiga desarrolla habilidades y competencias para la vida. Las instituciones y espacios evangelizadores PEMIS; deben establecer que la evaluación es no solo el resultado del itinerario investigativo, sino que es todos los pasos dentro del proceso de investigación, hasta la aplicabilidad en la vida, es decir, hasta que las disfunciones sean superadas en su totalidad o por lo menos mejoradas.
- En relación íntima con los PILARES y Perfiles PEMIS: El mediado que hace parte del modelo PEMIS; está orientado hacia un perfil y este perfil está enmarcado por la vivencia de cada uno de los pilares con sus perfiles, por tanto, la institución

- 
- debe evidenciar en cada mediado a la hora de evaluarle no solo la comprensión de temáticas sino el engranaje entre contenidos, pilares y perfiles. El mediador no se puede limitar en la evaluación a la calificación de saberes adquiridos, sino que debe evidenciar en el mediado el desarrollo del perfil como mediado PEMIS.
- La evaluación en la PEMIS, es un proceso de oportunidad que no carece de exigencia, sino que por el contrario la impulsa y genera en el mediado el derecho de oportunidad y el deseo de transformación. La oportunidad y la confianza en el desarrollo de capacidades y habilidades son bases de la teoría de la modificabilidad estructural cognitiva y de la pedagogía de Jesús, quien creyendo en los procesos de cambio de sus discípulos les hizo protagonistas dentro de su misión.

FUNDAMENTACIÓN BIBLICA DE LA EVALUACIÓN PEMIS

Comprendemos que toda la Palabra de Dios es fundamento de la Pedagogía de la Misericordia, lo cual hace más fácil extraer la fundamentación de la evaluación PEMIS, pero al mismo tiempo exige procesos de reflexión bíblico – teológica más profundos.

Asumiremos como fundamentación bíblica de la Evaluación PEMIS, el segundo testamento (Nuevo testamento) atendiendo de manera especial la comunidad discipular del Maestro de Nazaret, conocida en aquella época como la comunidad del camino, es decir, una comunidad siempre en salida, dinámica, en relación con el entorno y recibiendo del mismo los elementos de comprensión necesarios para generar aprendizaje significativo en los seguidores de Jesús.

- La Mayéutica, elemento evaluativo esencial en la pedagogía de Jesús. Llegar a la verdad a través del arte de la pregunta. Jesús era el maestro de hombres sencillos y rudos, y estableció con ellos relaciones a través de preguntas simples: ¿De qué le sirve al hombre ganar el mundo entero si pierde su alma? (Lc 9.25; Mc 8, 36; Mt 16,26) ¿Quién dice la gente que soy yo? ¿Quién dicen ustedes que soy yo? (Mt 16, 13-19; Lc 9, 18-24) ¿Pedro me amas más que estos? (Jn 21, 15-19) ¿pueden ustedes beber el cáliz que yo he de beber? (Mt 20, 17-28; Mc 10, 38) Las preguntas del Maestro de Nazaret, llevan a sus discípulos a cuestionarse y buscar dentro de sí mismos las respuestas, la pregunta los empuja hacia adentro y hacia afuera, por
- 

tanto, las preguntas de Jesús tienen una doble intencionalidad: el crecimiento personal del discípulo y el aprendizaje como futuros pescadores de hombres.

- Preguntas claves: ¿Qué buscáis? (Jn 1, 35) Esta es la pregunta que Jesús plantea a aquellos dos hombres que le siguen, confronta sus inquietudes, su intencionalidad y el motivo por el cual han dejado a su antiguo maestro, la pregunta obliga a los discípulos de Juan a generar una respuesta consiente, la pregunta no da pie a pierdes, es sencilla, profunda y directa. En el proceso evaluativo de la PEMIS, la pregunta es fundamental, el mediador debe ser un “experto preguntón” debe tener la habilidad para generar respuestas profundas en sus mediados, respuestas que al ser pronunciadas por ellos les indiquen que han aprendido. El mediador debe tener claro que las preguntas se deben diseñar para dar vía libre a la creatividad, fortalecer el sentido crítico de los mediados, desarrollar las habilidades y competencias básicas y descubrir el mundo de las posibilidades. El mediador PEMIS, debe generar preguntas sencillas – comprensibles, pero no por ello eliminar el grado de complejidad que exija de los estudiantes dar su máximo potencial. Las preguntas que se generan no deben encasillarse a respuestas únicas o cerradas, una pregunta debe estar abierta a múltiples posibilidades de respuesta, el mediador debe estar atento e identificar los aprendizajes y las reflexiones que de estos hayan logrado hacer los mediados.
- ¿Por qué has dudado? (Mt 14, 31) En muchas ocasiones el mediado se encuentra entusiasmado ante el aprendizaje obtenido, pero a la hora de comunicarlo o llevarlo a la práctica se llena de temores, es tarea del mediador obrar al estilo de Jesús, alentar al mediado para arriesgarse y disponerse a nuevos aprendizajes y alentarlo ante las dificultades. En este pasaje del Evangelio, Jesús ve que Pedro ha logrado caminar sobre las aguas, pero se llena de temor... La pregunta de Jesús no es incriminatoria o sancionatoria, es reflexiva, es una invitación al análisis ¿Dónde está el fallo? Lleva a Pedro a cuestionarse.
- ¿Cuántos panes tenéis? (Mc 6, 38; 8,5) Los discípulos – mediados, ha evidenciado el problema, hay demasiadas personas y es tarde, de igual manera le han planteado al maestro una solución, para ellos la más viable y segura (pero el maestro no los

está formando para lo fácil, no los quiere acomodados), ellos pretenden que el maestro los despida y así las personas puedan ir a buscar alimento... Pero el Maestro – mediador, les transforma todo con una sola pregunta ¿Cuántos panes tenéis? Es decir, ¿qué otras posibilidades? ¿qué otras soluciones? ¿qué otro panorama es posible? pero les obliga a mirar lo que tenían, a contar, a creer. El mediador PEMIS hace lo que hizo Jesús, establece un problema, les obliga a pensar en la situación y plantear soluciones, deben contar posibilidades.

- ¿De qué discutíais por el camino? (Mc 9, 33) El mediador está atento al dialogo de los mediados, cada cosa que ellos digan es una herramienta valiosa y evaluativa. Jesús ha venido a acompañando a los suyos, les ha dado la lección de la comunitariedad y el servicio, pero en el dialogo de pares, los discípulos discuten alejándose aparentemente de la enseñanza del maestro, pero en realidad están hablando del tema, Jesús como mediador, se sentó y los llamo, y una vez más vez más les explica. El mediador no asume el dialogo de los mediados como causa perdida, sino como oportunidad para reforzar el contenido que no se ha asimilado de forma correcta aún. Por tanto, la evaluación, es un proceso, una constante retroalimentación, algunos procesos son como la sanación de aquel hombre ciego, que al principio veía borroso y luego con la intervención doble del maestro, pudo ver con claridad (Mc 8, 22- 25) Muchos mediados al principio no comprenden la totalidad de lo que se les enseña, requieren atención del mediador, un mediador capaz de sentarse y llamarlos para explicar de nuevo, con otras palabras, con otros medios y herramientas, hasta que aprendan bien.

Esta misma pregunta, fue dicha por el maestro de Nazaret a los dos discípulos de Emaús, se encontraban desolados, sabían lo que había pasado en Jerusalén, conocían la historia, pero no habían comprendido, el Maestro – mediador, se hace el contradicho y una vez más les explica desde la escritura lo que pasaría y quedan tan felices y complacidos que no desea que termine, le invitan a pasar, experimentan como su corazón arde y se abren sus ojos, ahora si comprenden, no solo conocen teorías o historias, tienen claro él porque. Jesús pregunta, no para desalentar a sus mediados, sino para dar claridad allí donde aún no pueden ver. El mediador PEMIS, al estilo de Jesús, comprende que la evaluación es un proceso, un ir desvelando el misterio, preguntar la percepción del mediado ante lo sucedido,

es evaluar, ir descifrando sus dudas y contemplar que comprenden porque desean saber más es evaluar, verificar que regresan sobre el camino, pero con certezas para comunicar, hace parte de evaluar.

Hemos verificado de esta manera que las preguntas de Jesús, están en la línea de la evaluación, están diseñadas para ofrecer respuestas profundas, reflexivas y que confrontan la vida. El maestro de Nazaret, en cada una de sus preguntas unifica toda su doctrina, todo está permeado por el amor y la misericordia, es decir, el contenido del Reino.

Marcos 6, 30 – 32, Han regresado los discípulos del maestro, han ido a todos los lugares donde él pensaba ir, han regresado para contarle lo que han hecho, lo que han vivido, cada experiencia y cada anécdota en el ir y venir misionero, el maestro está ansioso de escucharlos, desea atender cada experiencia, evaluar – Escuchar, evidenciar que lo ha aprendido ha sido puesto en práctica.

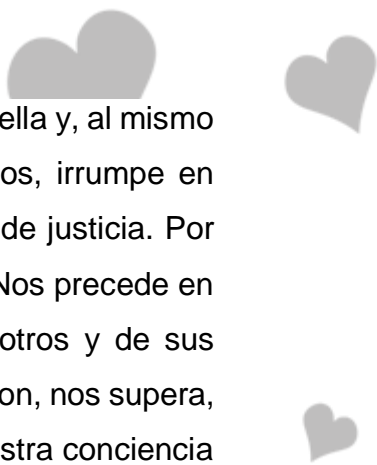
Para la reflexión comunitaria:

1. ¿Consideramos que vista de esta manera la evaluación PEMIS es aplicable en nuestras instituciones y ambientes pastorales?
2. ¿Con qué otros elementos complementaríamos la evaluación PEMIS?

FRATERNIDAD, DESARROLLO ECONÓMICO Y SOCIEDAD CIVIL

Caritas In Veritate, N° 34-35

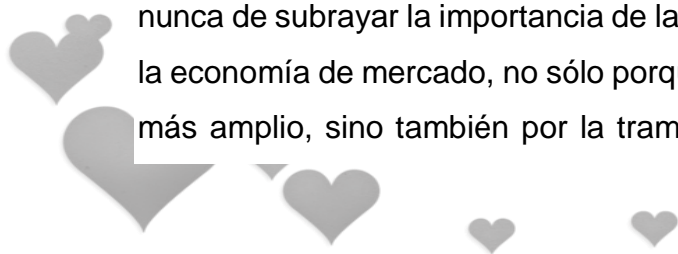
La *caridad en la verdad* pone al hombre ante la sorprendente experiencia del don. La gratuidad está en su vida de muchas maneras, aunque frecuentemente pasa desapercibida debido a una visión de la existencia que antepone a todo la productividad y la utilidad. El ser humano está hecho para el don, el cual manifiesta y desarrolla su dimensión trascendente. A veces, el hombre moderno tiene la errónea convicción de ser el único autor de sí mismo, de su vida y de la sociedad. Es una presunción fruto de la cerrazón egoísta en sí mismo, que procede —por decirlo con una expresión creyente— del *pecado de los orígenes*. La sabiduría de la Iglesia ha invitado siempre a no olvidar la realidad del pecado original, ni siquiera en la interpretación de los fenómenos sociales y en la construcción de la sociedad: «Ignorar que el hombre posee una naturaleza herida, inclinada al mal, da lugar a graves errores en el dominio de la educación, de la política, de la acción social y de las costumbres». Hace tiempo que la economía forma parte del conjunto de los ámbitos en que se manifiestan los efectos perniciosos del pecado. Nuestros días nos ofrecen una prueba evidente. Creerse autosuficiente y capaz de eliminar por sí mismo el mal de la historia ha inducido al hombre a confundir la felicidad y la salvación con formas inmanentes de bienestar material y de actuación social. Además, la exigencia de la economía de ser autónoma, de no estar sujeta a «injerencias» de carácter moral, ha llevado al hombre a abusar de los instrumentos económicos incluso de manera destructiva. Con el pasar del tiempo, estas posturas han desembocado en sistemas económicos, sociales y políticos que han tiranizado la libertad de la persona y de los organismos sociales y que, precisamente por eso, no han sido capaces de asegurar la justicia que prometían. Como he afirmado en la Encíclica *Spe salvi*, se elimina así de la historia la *esperanza cristiana*, que no obstante es un poderoso recurso social al servicio del desarrollo humano integral, en la libertad y en la justicia. La esperanza sostiene a la razón y le da fuerza para orientar la voluntad. Está ya



presente en la fe, que la suscita. La caridad en la verdad se nutre de ella y, al mismo tiempo, la manifiesta. Al ser un don absolutamente gratuito de Dios, irrumpe en nuestra vida como algo que no es debido, que trasciende toda ley de justicia. Por su naturaleza, el don supera el mérito, su norma es sobreabundar. Nos precede en nuestra propia alma como signo de la presencia de Dios en nosotros y de sus expectativas para con nosotros. La verdad que, como la caridad es don, nos supera, como enseña San Agustín. Incluso nuestra propia verdad, la de nuestra conciencia personal, ante todo, nos ha sido «dada». En efecto, en todo proceso cognitivo la verdad no es producida por nosotros, sino que se encuentra o, mejor aún, se recibe. Como el amor, «no nace del pensamiento o la voluntad, sino que en cierto sentido se impone al ser humano».

Al ser un don recibido por todos, la caridad en la verdad es una fuerza que funda la comunidad, unifica a los hombres de manera que no haya barreras o confines. La comunidad humana puede ser organizada por nosotros mismos, pero nunca podrá ser sólo con sus propias fuerzas una comunidad plenamente fraterna ni aspirar a superar las fronteras, o convertirse en una comunidad universal. La unidad del género humano, la comunión fraterna más allá de toda división nace de la palabra de Dios-Amor que nos convoca. Al afrontar esta cuestión decisiva, hemos de precisar, por un lado, que la lógica del don no excluye la justicia ni se yuxtapone a ella como un añadido externo en un segundo momento y, por otro, que el desarrollo económico, social y político necesita, si quiere ser auténticamente humano, dar espacio al *principio de gratuidad* como expresión de fraternidad.

Si hay confianza recíproca y generalizada, el *mercado* es la institución económica que permite el encuentro entre las personas, como agentes económicos que utilizan el contrato como norma de sus relaciones y que intercambian bienes y servicios de consumo para satisfacer sus necesidades y deseos. El mercado está sujeto a los principios de la llamada *justicia conmutativa*, que regula precisamente la relación entre dar y recibir entre iguales. Pero la doctrina social de la Iglesia no ha dejado nunca de subrayar la importancia de la *justicia distributiva* y de la *justicia social* para la economía de mercado, no sólo porque está dentro de un contexto social y político más amplio, sino también por la trama de relaciones en que se desenvuelve. En



efecto, si el mercado se rige únicamente por el principio de la equivalencia del valor de los bienes que se intercambian, no llega a producir la cohesión social que necesita para su buen funcionamiento. *Sin formas internas de solidaridad y de confianza recíproca, el mercado no puede cumplir plenamente su propia función económica.* Hoy, precisamente esta confianza ha fallado, y esta pérdida de confianza es algo realmente grave.

Pablo VI subraya oportunamente en la *Populorum progressio* que el sistema económico mismo se habría aventajado con la práctica generalizada de la justicia, pues los primeros beneficiarios del desarrollo de los países pobres hubieran sido los países ricos. No se trata sólo de remediar el mal funcionamiento con las ayudas. No se debe considerar a los pobres como un «fardo», sino como una riqueza incluso desde el punto de vista estrictamente económico. No obstante, se ha de considerar equivocada la visión de quienes piensan que la economía de mercado tiene necesidad estructural de una cuota de pobreza y de subdesarrollo para funcionar mejor. Al mercado le interesa promover la emancipación, pero no puede lograrlo por sí mismo, porque no puede producir lo que está fuera de su alcance. Ha de sacar fuerzas morales de otras instancias que sean capaces de generarlas.



La gratuidad está en su vida de muchas maneras, aunque frecuentemente pasa desapercibida debido a una visión de la existencia que antepone a todo la productividad y la utilidad.